

Misión - Comunidad Mundial

LLAMADOS A LA MISION

Por su parte, los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y al verle le adoraron; algunos sin embargo dudaron. Jesús se acercó a ellos y les habló así: "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo." (Mt 28, 16-20)

De las distintas formas en que la gente escucha el Evangelio y responde a lo que escucha, surgen en la Iglesia diferentes espiritualidades. El mismo Evangelio es proclamado a todos, pero es escuchado en diferentes maneras. Siempre hay una cierta selectividad, no en el sentido de excluir alguna parte de la Buena Noticia, sino más bien una selectividad en los énfasis que conduce a diversas formas de asignar prioridades. No descubrimos estos énfasis y prioridades a través de un proceso racional de juzgar y ponderar (eso viene después), sino poniendo atención a nuestras respuestas afectivas, a los sentimientos que nos vienen cuando se nos presenta el Evangelio: qué nos atrae o nos entusiasma, qué nos hace enfadar o nos incomoda, qué nos gusta. Cuando esto ocurre a un individuo, éste sabrá entonces cual es su carisma personal, y desarrollará conscientemente ciertas actitudes en armonía con el carisma. Adoptará también un estilo de vida personal que será a la vez nutrición y expresión del carisma. Análogamente, cuando muchas personas llegan a darse cuenta que están todos escuchando el Evangelio del mismo modo y teniendo el mismo tipo de sentimientos ante la proclamación del Evangelio, entonces se asociarán y se reunirán, tanto para adoptar un tipo apropiado de actitudes como para desarrollar un estilo de vida que preserve y dinamice lo que los asociados han llegado a reconocer como un "carisma corporativo". Así es como se desarrollan los movimientos en la Iglesia, sea entre los religiosos, el clero o los laicos. La CVX, enton-

ces, está compuesta por hombres y mujeres que escuchan el Evangelio de una manera particular, y que reconocen que su experiencia es parte de la tradición ignaciana en general, pero específicamente vivida desde el estado laical.

Pero, aun antes que la Palabra sea proclamada, la tradición ignaciana contiene un presupuesto esencial: una conciencia viva y detallada del contexto de las realidades a las que la palabra se dirige. Los de tradición ignaciana no se preparan para escuchar la Buena Noticia como individuos aislados unos de otros que buscan una relación privada con su Dios. Su punto de partida es más bien un sentido de unidad con toda la humanidad, un sentido de compartir en el gozo y en la tribulación con todos los hombres y mujeres. Están concientes que la Palabra se dirige primariamente al género humano como tal, y secundariamente a la persona individual en cuanto ella se identifica de corazón con toda la familia humana. Así, un documento como "Gaudium et Spes", del Concilio Vaticano II, tiene un rol importantísimo en orden a enriquecer hoy día la espiritualidad ignaciana. Esto queda ilustrado con la siguiente citación:

"Jamás el género humano tuvo a su disposición tantas riquezas, tantas posibilidades, tanto poder económico. Y, sin embargo, una gran parte de la humanidad sufre hambre y miseria, y son muchos los que no saben leer ni escribir. Nunca ha tenido el hombre un sentido tan agudo de su libertad, y entretanto surgen nuevas formas de esclavitud social y psíquica. Mientras el mundo siente con tanta viveza su propia unidad y la mutua interdependencia en ineludible solidaridad, se ve, sin embargo, gravísimamente dividido por la presencia de fuerzas contrapuestas. Persisten, en efecto, todavía agudas tensiones políticas, sociales, económicas, raciales e ideológicas, y ni siquiera falta el peligro de una guerra que amenaza con destruirlo todo. Se aumenta la comunicación de las ideas; sin embargo, aun las palabras definidoras de los conceptos más fundamentales revisten sentidos harto diversos en las distintas ideologías. Por último, se busca con insistencia un orden temporal más perfecto, sin que avance paralelamente el mejoramiento de los espíritus." (Gaudium et Spes, N.4).

Estos textos hablan directamente, en un estilo narrativo descriptivo, y formulan algunas conclusiones. Pero, hay otra forma de comunicar que puede, a través de nuestra imaginación, dirigirse a nuestros sentimientos:

las parábolas. Veamos la parábola de William Clark sobre los malos vecinos:

Dos familias se mudaron a una casa bi-familiar que tenía un muro divisorio más bien delgado. El muro les permitía oír, pero no entender, lo que ocurría al otro lado. Ambas familias se convencieron de que la otra estaba intentando pasar a través del muro y asesinarles mientras dormían. Entonces, cada una de las dos familias construyó una batería de alarmas, trampas y sofisticados artefactos explosivos, que les permitirían eliminar al vecino en caso que éste quisiera atravesar el muro.

El costo de todos estos dispositivos fue tan grande, que ninguna de las dos familias tuvo suficiente dinero para arreglar el subterráneo, donde vivía un gran número de pobres campesinos de color en condiciones lamentables. A mitad del invierno hacía tanto frío en el subterráneo que los campesinos tomaron sus hachas y comenzaron a sacar pedazos de las vigas para poder hacer algo de fuego. Desde arriba, les llegaron claros mensajes prohibiéndoles sacudir el edificio, pues podrían activarse los sistemas de alarma y terminar todos por los aires. Como una concesión, sin embargo, los de arriba les prometieron encender la calefacción eléctrica, de manera que algo de calor pudiera filtrarse hacia abajo. Pero, es sabido, el calor no va hacia abajo. Y entonces los negros silenciosamente y con cuidado continuaron sacando madera. Luego de un tiempo, las vigas cedieron, el piso se hundió, la muralla divisoria cayó y activó todos los dispositivos de defensa, matando así a los habitantes de uno y otro lado de la muralla.

¡ Este es el mundo en que vivimos !

Una forma de distinguir la variedad de carismas o de espiritualidades- en la Iglesia, es considerarlas en términos de su vinculación con el mundo. Ningún cristiano puede desentenderse del mundo, pero hay legítimos diversos grados de compromiso directo en el mundo. Podríamos pensar en un espectro como el de los colores. En un extremo está el eremita, que vive solo en su cueva en la montaña o en su casa rodante al fondo del jardín. El contacto de esta persona con el mundo es casi exclusivamente espiritual: ella lleva el mundo en su corazón y lo eleva a Dios en la oración. Moviéndonos a lo largo del espectro, nos encontraremos cerca de las comunidades de claustro de hombres y mujeres que se han retirado del mundo para la salvación del mundo, y que limitan su contacto a los visitantes que

reciben en sus conventos o monasterios. Luego, por la mitad del espectro, encontramos una variedad de hombres y mujeres que, como religiosos o sacerdotes, están de alguna manera separados del mundo, pero al mismo tiempo enviados a él para desempeñar ministerios espirituales y corporales. Finalmente, al otro lado del espectro, encontramos a laicos totalmente presentes y activos en el mundo. Todos estos grupos son plenamente Iglesia, todos son plenamente apostólicos, aunque de modos diversos. Todos comparten la misión de la Iglesia y juegan un rol que no es intercambiable con el de ningún otro grupo. En relación a los laicos, esto fue expresado muy claramente en el decreto del Concilio Vaticano II "Apostolicam Actuositatem", y más recientemente en la encíclica "Evangelii Nuntiandi" de Pablo VI.

Los seculares, cuya vocación específica los coloca en el corazón del mundo y a la guía de las más variadas tareas temporales deben ejercer por lo mismo una forma singular de evangelización. Su tarea primera e inmediata no es la institución y el desarrollo de la comunidad eclesial -esa es la función específica de los Pastores- sino el poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas, escondidas pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo. El campo propio de su actividad evangelizadora, es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como otras realidades abiertas a la evangelización como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento, etc. Cuantos más seculares haya, impregnados del evangelio, responsables de estas realidades y claramente comprometidos en ellas, competentes para promoverlas y conscientes de que es necesario desplegar su plena capacidad cristiana, tantas veces oculta y asfixiada, tanto más estas realidades, -sin perder o sacrificar nada de su coeficiente humano, al contrario, manifestando una dimensión trascendente desconocida- estarán al servicio de la edificación del reino de Dios y por consiguiente de la salvación en Cristo Jesús. (E.N. 70)

La manera en que la Comunidad de Vida Cristiana puede ayudar a liberar esta latente energía se encuentra claramente en los Ejercicios Espirituales. Los Ejercicios comienzan con el deseo. El párrafo 5 de las observaciones preliminares dice:

Al que recibe los ejercicios, mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su divina majestad, así de su persona como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad.

El deseo, además de ser el punto de partida, es también la materia prima para la oración del ejercitante. El ejercitante descubre lo atractivo que es Dios. El deseo, sin embargo, se ve frustrado por la falta de libertad. Quizás si en el mismo comienzo -el Principio y Fundamento- el deseo se ve bloqueado por todos lados por el pecado. Los ejercicios quieren ofrecer una siempre creciente experiencia de libertad; no libertad "de", sino libertad "para". Libertad para conocer, para amar y para seguir a Jesucristo.

En los Ejercicios Espirituales, San Ignacio nos da la oportunidad de integrarnos con la imaginación al plan trinitario para la salvación del mundo. En la contemplación de la Encarnación, Ignacio compone un tríptico que comienza con la Trinidad presentada como una Comunidad en el amor: el Padre, el Hijo y el Espíritu. El Padre engendrando al Hijo y amándolo, el Hijo siendo engendrado y aceptando su condición de Hijo, aceptando que el será enviado y respondiendo al Padre con gratitud y amor; y esa reciprocidad en el amor, tan potente que se hace persona en el Espíritu Santo. Esta comunidad en el amor no es celosamente posesiva de ese amor. Su amor rebalsa, y es ese rebalse, ese amor que va más allá de su fuente, el que resulta en lo que nosotros llamamos creación y redención. Miramos el cuarto punto en la contemplación para alcanzar amor de los Ejercicios, y encontramos esa imagen de la fuente: todo el amor, toda la bondad y toda la sabiduría están en Dios, pero, como en una fuente, surtiendo y rebalsando hacia nosotros, para que nuestra experiencia de amor humano sea un compartir el Amor de Dios.

Cuando tenemos una moción sobre el misterio de la vida, el misterio de Dios o el de nuestra propia existencia, eso es un compartir del conocimiento que Dios ha derramado desde esa fuente sobre nosotros. Esta comunidad de amor pintada en el primer panel del tríptico de Ignacio,

nos muestra a las tres personas mirando hacia la tierra con compasión, viendo a los hombres y mujeres -que fueron creados por el amor de esta Trinidad- luchando en esta vida, luchando con la complejidad de la vida, con las necesidades materiales y con las relaciones interpersonales, con el misterio de la vida y de la muerte; luchando, sobre todo, con el mal... y necesitando de ayuda.

El segundo panel del tríptico -están dispuestos verticalmente- es una invitación a mirar nuestro mundo, a hacernos parte de él, a sentir sus necesidades y su estado, a ver al género humano dividido, sufriente, en lucha... una mezcla entre el bien y el mal. Y luego, en el tercer panel, encontramos a un ser humano singular: María. La persona llamada por la Trinidad a ser co-laborador, a ser en cierto modo una figura clave: por medio de ella Dios ha decidido trabajar, de ella Dios ha decidido depender. La inserción de Dios en el mundo no se hará sin la colaboración de la misma gente que está en necesidad de salvación. Y así, aun siendo María un individuo único, su presencia allí no es una presencia que no represente nada. Ella está ahí en una función representativa, de manera que cada uno de nosotros pueda verse en ese rol, en ese panel inferior del tríptico: llamado por Dios a ser co-laborador en Su plan; siendo co-misionado, como María lo fue... Y esta misión de María fue la condición necesaria para la misión del propio Jesús. Sin esta misión de María, Cristo no habría podido hacerse presente en el mundo. Sin tí y sin mí, Cristo no puede hacerse presente en el mundo de hoy: nosotros estamos enviados al mundo para los demás. De modo que nuestra responsabilidad primera no es nuestra propia santificación, sino nuestra misión. Si aceptamos nuestra misión, entonces podremos acceder a nuestra santificación. Es casi como si tuviéramos que olvidarnos de nosotros mismos, es un abandonar esa natural tendencia a quedarnos atrapados en nosotros mismos -incluso con el aparente buen motivo de santificarnos-, necesitamos olvidarnos de eso y ponernos a disposición de Dios para que el mundo pueda ser evangelizado.

Una real inserción exige primero que nada una vida que en sí misma es testimonio, pero que luego va más

allá del testimonio hacia la proclamación explícita. Por citar nuevamente Evangelii Nuntiandi:

La Buena Nueva debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio. Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva. Hay en ello un gesto inicial de evangelización." (E.N. 21)

Evangelii Nuntiandi, no obstante, continúa:

"Y sin embargo esto sigue siendo insuficiente, pues el más hermoso testimonio se revelará a la larga impotente si no es esclarecido, justificado -lo que Pedro llama dar "razón de vuestra esperanza" -, explicitado por un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús. La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser pues, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios." (E.N.22)

Algo de luz puede traerse sobre esto reflexionando sobre lo que el Vaticano II dice sobre la interacción de obras y palabras en la revelación:

"Este plan de la revelación se realiza con palabras y gestos intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas. Pero la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación de Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación". (Dei Verbum, 2)

Las obras en sí mismas, aun todo un estilo de vida, pueden ser interpretadas de distintas formas. Ellas necesitan de las palabras para clarificar su significado y su motivación. Lo implícito debe hacerse explícito.

Esta necesidad de moverse desde el testimonio a la proclamación, desde lo implícito a lo explícito, puede bien compararse en CVX con la necesidad de moverse desde la comunidad hacia la misión. Así como la CVX no existe simplemente, ni primariamente, para la santificación personal de sus miembros; tampoco existe para formar comunidad como un fin en sí misma. De la misma manera como un individuo que busca la santidad personal puede empantanarse en una especie de narcisismo espiritual, también una comunidad puede empantanarse buscando una cierta perfección en el área de las relaciones interpersonales o de las experiencias grupales: una suerte de narcisismo comunitario. En la tradición ignaciana, la comunidad es en función de la misión, y no tiene otra razón de ser. Más aún, la comunidad es el resultado de una misión que se comparte. La misión viene primero, y si formamos comunidad es porque nos damos cuenta que la misión apoyada por un ente corporativo es más fructífera, más efectiva y mas duradera que cuando es llevada por individuos aislados. Sin importar si ésta ha sido o no la manera en que históricamente nuestros grupos comenzaron a existir, tenemos mucho que aprender de este modelo mientras tratamos de ir más allá de nosotros mismos y de tener nuestro centro de preocupación comunitario no dentro de nuestro grupo, sino allá afuera, en el mundo al que hemos sido enviados.

Brian O'Leary s.j.(*)

(*) El autor ofreció esta reflexión a la Asamblea Nacional de la CVX de Irlanda, en Milltown Park, el 26 de Octubre de 1987.